

NIDOS VACÍOS

Llega un niño a nuestro hogar, y durante veinte años hace tanto ruido que difícilmente podamos tolerarlo... Luego se va, y deja la casa tan callada que nos parece que vamos a volvernos locos.

J.A.H.

Por FRANCISCO ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Ilustración: BALLATE

De cuidador a cuidado

Hace apenas unas semanas solicitaron mi ayuda para atender una señora, anciana ya, que acusaba síntomas de demencia. Debía ir a la casa porque su estado físico y mental era lamentable. Pero, como suele suceder con cierta frecuencia, en la familia de los pacientes había personas en peor estado que ella.

En este caso la hija padecía lo que se ha dado en llamar el *Síndrome del Cuidador Principal*, un trastorno aparecido en individuos que por largo tiempo cuidan a enfermos de este tipo o afectados por otras enfermedades invalidantes. Es tanta la atención demandada por esos pacientes, y tan incierto su curso, que el individuo mejor dotado termina por cansarse, y aparecen síntomas de depresión, ansiedad, padecimientos de la piel, hipertensión arterial, caída del cabello e incluso, una enfermedad parecida a la que sufre la persona cuidada. Por supuesto, y como ya explican los especialistas, lo principal es cuidar al cuidador. Si el cuidador se derrumba, detrás se cae el paciente y el resto de la familia. Por ello se han ideado casas de descanso para los cuidadores y programas para *refrescarlos*.

Sin embargo, en este caso no solo había un *Síndrome del Cuidador Principal*. La hija de la enferma también estaba en crisis. Sus dos hijos y nietos, quienes vivían con ella hasta hacía pocos meses, habían marchado al extranjero. Mientras me enseñaba la casa, pude apreciar los cuartos donde durmieron todos; aún conservaban la misma vestidura de cama, los juguetes de los niños, sus ropas en los escaparates, fotos suyas en las paredes y sobre la mesita de noche. “¿Para qué?”, pregunté. “Para cuando regresen. Esta es su casa. Siempre va a ser su casa”, dijo la señora.

De pronto caí en la cuenta de que ella vivía otra experiencia llamada *Síndrome del Nido Vacío*, episodio descrito en el Ciclo Vital de la Familia y cuya raíz está en el abandono, por los hijos, del hogar original.

Nidos y Desabrigos

Al utilizar la analogía del nido de las aves, los terapeutas familiares han querido comparar los hogares con el lugar donde se cuida y alimenta la cría hasta que alcance la madurez suficiente y puedan, por ellos mismos, emprender vuelo. No obstante, lo que por instinto sucede de forma inevitable en los animales, y los torna capaces de hacer sus vidas independientes, en los seres humanos pudiera complicarse.

Cuando los hijos no abandonan el hogar en tiempo, y permanecen más de lo aconsejable -al fundar otra familia, por ejemplo- recibe el nombre de *Nido Atestado*. Si los hijos *vuelan* a tiempo, pero ello produce en los padres dolor y no pocas veces, separación de la pareja original, ha sido denominado *Nido Vacío*.

Las causas de los nidos atestados y de los vacíos son de orden material, psicológico o social. Con frecuencia los motivos se traslapan; unos potencian a otros. Las razones materiales suelen ser el déficit de vivienda, los bajos salarios o la escasez de empleos para sostener una familia autónoma; de orden

psicológico, la incapacidad del hombre o la mujer para vivir con su pareja, independientemente de los criterios o *consejos* de papá, mamá o los abuelos; el factor social tendría que ver con todo lo expuesto; una sociedad que no alienta el matrimonio o lo separa, concibe la maternidad como una desgracia, o premia el individualismo, no puede madurar a la persona de cara a construir una familia sólida y duradera.

La imbricación de esas causas estaría, por ejemplo, en que a la falta de vivienda podría unírsele los individuos maleducados socialmente para asumir sus compromisos, tomar ciertas decisiones y responsabilizarse con ellas. Con relación a la falta de empleos o bajos salarios, en algunos países como España se ha observado cómo los hijos en edad laboral se mantienen por más años bajo el manto protector de los padres, quizás sin una razón válida. En Cuba, los nidos atestados son muy frecuentes, tanto por la disponibilidad de viviendas como por los bajos salarios de la pareja reciente, casi siempre muy jóvenes, inclusive estudiantes que no perciben retribución monetaria alguna.



El Nido Atestado crea una dinámica de vida bien espinosa. Son varias generaciones conviviendo, y aún varias las familias. Cada hijo casado y con descendencia es, de hecho, una familia diferente, *otra* familia. Lo dice el sabio refrán popular: *el que se casa, casa quiere*. En ocasiones, los abuelos asumen el papel de los padres en la educación de los nietos, y ponen reglas y leyes que los padres podrían no aceptar. Será posible separar los mandados y cocinarse aparte; más los pasillos, la sala y el comedor resultan espacios de habitual encuentro; en algún instante deberán *chocar* si

existe un solo baño, un televisor, una lavadora u otro efecto electrodoméstico de uso común.

Imaginemos si, después de vivir años en esas condiciones, una pareja joven y sus pequeños hijos tienen la posibilidad de irse a vivir solos. En apariencia, sería el momento más feliz de sus vidas, pero no todas las parejas están preparadas para ello. De hecho, muchas no pueden *cortar el cordón umbilical* con sus padres; mantienen lo que se llama un *seudodesprendimiento* o falso desprendimiento: todo es consultado con los padres, como si el cambio fuera solo de geografía.

En el Nido Vacío, cuyo antecedente corriente en nuestro país es el Nido Atestado, la pareja original sufre las ausencias porque no ha aprendido a vivir de manera autónoma; primero convivieron con los padres de ella o de él; después, con sus hijos y nietos. No es raro que la pareja original, tras años de aparente armonía y felicidad —aparente, pues sus vidas han estado en función de los demás y no de ellos mismos— tengan problemas para reencontrarse como eran antes de nacer los hijos y los nietos. En nuestro país estamos asistiendo, desde hace varios años, a un tipo particular de *hogar hueco*: aquel que tiene como causas el Nido Atestado previo y el Nido Vacío originado por la repentina emigración de los miembros más jóvenes de la familia.

El Nido Vacío Migratorio

A principios de los noventa pudo apreciarse, en las salas de psiquiatría, un fenómeno interesante, quizás necesitado de un estudio serio, profundo. Algunas personas de la Tercera Edad, tras permanecer meses con sus hijos en el extranjero, y de alguna manera reeditar lo que fue su Nido Atestado insular caían en profundas depresiones una vez en Cuba. La serie pudiera no ser abundante, mas sí lo suficientemente llamativa para poner a pensar a los especialistas. Entonces se habían flexibilizado las reglas migratorias y de viajes temporales en uno y otro sentido, lo cual permitía a las familias cubanas

el reencuentro. Un reencuentro, vale la pena aclarar, muy *sui generis*.

Poco después aumentó la emigración de jóvenes y adultos en edad laboral. Ya no se trataba de las reclamaciones familiares, ni de los llamados balseros o los *quedados*. El nombrado *Bombo* o Lotería de Visas, ha *succionado*, desde hace más de un lustro, por lo menos 20 mil cubanos por año hacia el exterior, casi todos niños o adultos jóvenes. Un cálculo conservador pudiera numerar entre 100 mil y 120 mil cubanos salidos *definitivamente* de Cuba, solo por esa vía. No hablemos del *Exilio de Terciopelo*, apelativo del choteo cubano usado para designar a quienes, de una forma *elegante*, permanecen fuera del país -por matrimonio, contrato de trabajo, etc- y pueden entrar a él bajo el Permiso de Residencia en el Exterior (P.R.E).

Una cantidad considerable de esos emigrantes proviene de familias ampliadas -varias generaciones viviendo en la misma casa-, el tipo de estructura familiar más frecuente en Cuba. Pudiera pensarse entonces que el Nido Atestado *antes de*, influirá tanto en los que se marchan como en los que se quedan. Los primeros se *desprenden* del Nido sin haber volado nunca con autonomía; es lógico el malestar experimentado en sus primeros tiempos de emigrantes, pues a la adaptación a sociedades muy competitivas en lo laboral y lo social, se añade administrar la economía doméstica en sitios donde, como se dice, cobran hasta la risa. Los segundos, quienes permanecen en el Nido, léase Cuba, los ven partir con esa preocupación y adicionan la extraña sensación de un desprendimiento brusco, sin tiempos ni espacios para procesar el duelo que conlleva una separación física y psicológica de este tipo.

Normalmente, las personas emigran en busca de mejorías; se marchan de sus hogares originales a determinada edad. Lo económico está presente en cualquier migración desde tiempos inmemoriales; sin embargo, las cosas se complican dado el contexto cubano. En primer lugar, el abandono *definitivo* del país donde se nace es, cuando menos, un absurdo legal y humano. Nadie renuncia, de forma definitiva, a ser uno mismo: la tierra donde se nace es llevada adentro hasta la muerte; mientras más lejana está, más cerca se desea. *Salida definitiva del país* podría ser la calificación administrativa para quienes renuncian a los bienes materiales en la Isla, más nunca podría pedírsele a una persona renunciar definitivamente al sueño de regresar a su Patria, aunque se tratara del peor delincuente.

Esto crea un dilema. Mientras las leyes impiden un libre flujo migratorio, las familias y los individuos buscan vías para reunirse de nuevo, en la Isla o fuera de ella, a como de lugar. Las medidas adoptadas por el Gobierno norteamericano para impedir, se dice, el acceso del Estado cubano a su moneda a través de los nacionales que viajan a Cuba está teniendo un costo humano difícil de calcular en estos momentos. Tres años puede parecer poco a una persona de 60 años, pero no a una de 70, 80 ó 90, como muchos casos conocidos.

A ello habría que añadir la negativa de visados para viajar a los Estados Unidos temporalmente, algo que disgusta a tanta gente no solo por el trámite fatigoso y la imposibilidad de ver a su familia; ahora se paga una buena suma de dinero en divisas casi con la certeza de ser negados en esa entrevista. Si en realidad la mayoría de los ciudadanos cubanos con visa temporal de entrada a los Estados Unidos nunca regresan, sería aconsejable buscar una fórmula jurídica flexible para permitir la visita y el regreso de quienes lo deseen.

Son poco convenientes, de la misma forma, los engorrosos trámites en suelo patrio para salir al extranjero, casi todos pagados en moneda libremente convertible y en la cual no cobra la mayoría de los nacionales. Ciertos profesionales, sin secretos ni deudas con el Estado, están incapacitados para viajar por asuntos personales como ver a su familia. Hasta los jubilados deben solicitar el permiso de salida. Es bueno subrayar que todo ciudadano tiene el derecho de salir y entrar a su país cuando quiera, y hacerlo así muestra una sociedad sólida desde el punto de vista democrático y, sobre todo, de su seguridad interna.

Nidos Cuidados

El *Nido Vacío Migratorio Cubano* será, sin duda, algo para la historia, no solo por sus dolores, que son muchos, sino por el contrasentido implícito y para el cual no se avizora solución a corto plazo. Emigran los jóvenes y los niños, y en Cuba quedan los padres y los abuelos a cargo del *reducto familiar*. Ellos, *los viejos*, han asumido la tarea de *cuidar la casa*, el perrito, las plantas sembradas por el abuelo con los nietos, los nombres sobre el cemento del patio que, muchos años antes, dibujaron los hijos siendo pequeños.

Más allá de las carencias materiales o espirituales, El Nido Vacío Migratorio es una sensación de enrarecimiento surgida de ausencias y presencias inasibles. En tal desordenada burbuja gravitan muchos padres y abuelos de la Isla. *Presencias-ausencias* de los descendientes que, en las viejas casas familiares, son percibidas como fantasmas. Y ello hace todavía más dura la ya dolorosa prueba de la separación para quienes quedan, pues exorcizar las sombras con el contraproducente artificio de los recuerdos solo puede traer mayor oscuridad.

*Es imprescindible
iniciar un camino
de diálogo y
alcanzar
resultados
beneficiosos para
todos y con todos.*

Habría, además, un factor idiosincrásico que no por obvio debe dejar de mencionarse: los cubanos somos muy familiares; diría que *pegajosamente* cercanos. Un inglés emprendería viaje y, durante 20 años no se dolería mucho de no ver a su familia. Acaso una carta o una postal de Navidad bastarían para zanjar su deuda afectiva. Con los cubanos no sucede lo mismo. En parte por ser latinos, en parte porque la emigración cubana ha estado fuertemente teñida por el contexto político, nada se desea más que hablar, tocar, besar a un pariente querido, del cual ya no nos llenan los recuerdos o las remesas, aquellas que, con tanto sacrificio, nos hacen llegar para vivir con cierta holgura.

Se habla poco o nada de este drama de la familia cubana. Pero debería asumirse con todo rigor, y mirando hacia el futuro de la nación, porque tras las tensiones migratorias de casi medio siglo entre las *dos orillas*, en Cuba prácticamente no hay familia indemne de este proceso. Pudiera afirmarse que el fenómeno ha rebasado el ámbito político para convertirse en tragedia de matices estrictamente humanos. Abandonan el país no solo individuos desafectos y de familias nunca integradas al proceso revolucionario, también lo hacen, y con mayor frecuencia cada día, hijos y nietos de personas bien comprometidas con la Revolución, tal vez solo con el objetivo de mejorar materialmente sus vidas.

Dada la dimensión de lo expuesto, las soluciones deberían ser también ilimitadas, osadas. Procurar, primero, la despolitización del tema, aunque resulte, a primera vista, casi imposible. En segundo lugar, ver siempre las aristas humanas por encima de cualquier *estrategia* política, pues si ella daña a la persona o la familia cubana, de entrada está descalificada por su ligereza ética. No vale aquí que de los males, el menor: el mal siempre será mal y optar por él, aunque sea con muy buenas intenciones, conducirá, irremediabilmente, al mal. Es imprescindible iniciar un camino de diálogo y alcanzar resultados beneficiosos para todos y con todos. No se puede hablar, dada la multiplicidad del asunto, de culpables únicos. Ya se ha generado un sistema, por demás oscuro, donde la familia cubana es quien único ha permanecido y permanece atrapada.

Solo buscando en otras coordenadas arreglos que tengan a la familia como primer y último destinatario, el Nido Vacío Migratorio Cubano podría ser, a semejanza de las aves, el sitio adonde se regresa -que no a *empollar* en el mismo sitio de los padres- a perpetuar la especie que, más tarde y de forma inevitable, emprenderá nuevo vuelo hacia el futuro.